

## LITERATURA DE INMIGRANTES ÁRABES Y JUDÍOS EN CHILE Y MÉXICO DE RODRIGO CÁNOVAS\*

Betina Keizman Hantis<sup>1</sup>

Un libro que se propone indagar los orígenes diversos de la literatura chilena y de la literatura mexicana, los consabidos y los más laterales, se somete –necesariamente– a un régimen detectivesco; se trata de lanzar una mirada hacia los orígenes ocultos, la búsqueda de una genealogía: “Refundar nuestras creencias, volviendo a mirar en redondo todo el espacio nacional, privilegiando la mirada periférica” (pág. 14), indica Cánovas en su prólogo. *Literatura de inmigrantes árabes y judíos en Chile y México* sigue el trazo de ese movimiento, que es un movimiento en el espacio –el del viaje– y que se continúa en un movimiento en la letra –el de la literatura de los descendientes–.

En su investigación, el mismo Cánovas debió emprender el viaje que lo llevó a embarcar en la nutrida biblioteca del Colegio de México, donde rastreó existencias e intentó comprender omisiones, los originales lazos recónditos que se tienden entre un extremo y el otro del continente. Se trataba de deletrear las formas del destierro y del olvido, de los escritores que escriben la orfandad, de las pérdidas simbólicas. Como buen libro detectivesco, seguimos dos movimientos: el primero supone la reconstrucción histórica del desplazamiento migratorio: los puertos de origen, el número de embarcados, las destinaciones, el relato del viaje, la diáspora; el segundo, que se instala en un territorio más lábil, es una lectura de los escritores que ensayan el testimonio, la ficción, la elisión o la reconstrucción. Pero lo más valioso del libro está en el intento, siempre evanescente, de aprehender la experiencia. Doy un ejemplo: lo que en la literatura parece producto del azar, bajo la pluma del autor encuentra otro nombre, es decir, no es azar sino políticas migratorias, y la práctica en el Palio de Residencia que obligaba a la comunidad judía “a entregar cuotas de niños de doce años para un servicio militar de veinticinco años; durante su adolescencia, los reclutas vivían con familias cristianas ortodoxas” (pág. 35). La consistencia del dato, la intensidad de sus implicancias, pero cuál es el salto, el juego de espejos y de difracciones que va desde estos datos a la literatura y a los autores: ¿decidieron olvidar por rencor, o es que apostaron con tal intensidad al empezar de nuevo que no bastaban los kilómetros que habían puesto entre su presente y su pasado, era necesario operar una parte de la memoria, erradicar experiencias y recuerdos para asegurar un futuro? Pienso en la intensidad de las experiencias y en las marcas literarias de la extirpación de la memoria, que a veces regresa como un tartamudeo de los destinos. La memoria diaspórica como la visita a un lugar que nunca fue.

Pero el libro de Cánovas plantea un acertijo o propone una necesidad inicial, la de la reconstrucción de los orígenes. Recuerdo ahora que si Abraham tenía que encontrar

\* Cánovas, R., *Literatura de inmigrantes árabes y judíos en Chile y México*, Santiago de Chile: Iberoamericana / Vervuert / Pontificia Universidad Católica de Chile, 2011.

1. Escritora. Universidad Diego Portales.

diez hombres justos para salvar Sodoma, no lo hacía por desmentir la decadencia absoluta de la ciudad ni tampoco porque esos diez hombres merecieran salvarse. Si por cada hombre justo habría más de cincuenta salvos (no recuerdo el número, supongamos cincuenta), era porque ese bien y esa justicia suponían una marea de verdad que envolvía a la ciudad toda. Los hombres justos la salvaban porque su virtud no les pertenecía sino que pertenecía a todos. Según esta tradición, los antepasados no eran importantes para probar alcurnia o asegurar riqueza, lo eran porque sus virtudes y pecados vivían en los descendientes. Para nuestra concepción contemporánea, estas creencias arcaicas son una cárcel psicológica, la prisión edípica, el galeote familiar. ¿Por qué pagar una culpa de los padres, por qué vivir una destinación? Sin embargo, ¿no sospechamos esa sobrevida cuando rastreamos una genealogía, no sospechamos del olvido, no suponemos que algo de ese pasado se conserva en nosotros, sino es bajo la forma de recuerdos o relatos, lo será por los gestos o alguna costumbre excéntrica que no sabemos explicar? Rescatar una genealogía es bucear en los desequilibrios entre lo dicho y lo oculto, también saber que somos mucho más que lo que hemos heredado. “La identidad concebida como herencia y como proyecto” (pág. 280), escribe Cánovas, herencia, proyecto y las múltiples existencias que somos. ¿Acaso depende el destino de las causas, o lo que se llamaba destino es el reino de las arbitrariedades, es decir, de las creaciones, el lugar en que la potencia de la vida –siempre nueva– somete a la reina voluntad y, de paso, a su cohorte de servidores: origen, esfuerzo y formación? Aunque sospechemos del progreso, nuestro tiempo tampoco es el tiempo cíclico de la antigüedad. Nos resistimos a ser deudores de nuestros deudos. Ya no escuchamos las palabras de los dioses, de los muertos, de los antepasados, ni queremos entenderlas bajo pena de cargar con sus fardos.

Solamente que esas voces siguen allí, en la literatura, donde se encuentran los que no saben ni pueden encontrarse de otro modo, porque aunque cuestionemos sus poderes, no sabemos, nunca supimos –y tal vez no sea posible– cerrar los oídos a las formas del pasado. Sin transigir en nada del rigor analítico que un trabajo académico exige, *Literatura de inmigrantes árabes y judíos en Chile y México* recupera también otra exigencia más erudita, la que liga ensayo y lectura con un arte de escuchar.